



HOWARD ZINN'S SOUTHERN DIARY

SIT-INS, CIVIL RIGHTS,
AND BLACK WOMEN'S
STUDENT ACTIVISM

ROBERT COHEN FOREWORD BY ALICE WALKER

Estudiantes de la Facultad Spellman estudiando para sus clases mientras permanecen en la cárcel en Atlanta. Principios de los 60. Marian Wright (luego Edelman), sin leer, muestra la mirada y postura de tantos jóvenes protestantes de esos tiempos: hay valor, determinación y vulnerabilidad. Hermoso. A.W.

¿Qué Alimentó Mi Ira Realmente?

Alice Walker

Cuando el director de la Facultad Spellman*, Albert Manley, expulsó a Howard Zinn, mi profesor favorito, nunca se me ocurrió quedarme sin reaccionar. Estaba terminando mi segundo curso y solo había estudiado un semestre con Zinn, sin embargo para mí era obvio que se trataba de un gran maestro y una persona extraordinaria. Fue expulsado al principio del verano, mientras su familia se preparaba para viajar a Nueva Inglaterra para pasar la temporada. Este fue un momento grosero y cruel que causó un sufrimiento innecesario tras un golpe tan inesperado. Pensé que este modo de echar a un profesor controvertido era cobarde en extremo y no podía soportar parecer que yo lo perdonaba o aceptaba.

Escribí una carta de protesta que fue publicada en nuestro periódico estudiantil, carta que llevó a mi propia salida de una escuela con la que polemizaba pero a la que amaba profundamente.

Pero ¿qué alimentó mi ira realmente? He estado reflexionando sobre esta pregunta desde que Robert Cohen, el autor de este libro, me pidió que le escribiera el prólogo. Y debo decir, he descubierto muchas hermosas razones por las que supe instintivamente que debía ponerme al lado de Howard Zinn, “mi maestro flaco”, como a veces lo llamaba para mí. Sin embargo estas hermosas razones Zinn nunca las conoció, porque el mundo donde vivimos está tan fragmentado que nuestras historias familiares raramente se relatan de forma que muestren el modo en que unas a otras se influyen, se relacionan y se mezclan.

Me revelé a favor de Howard Zinn, un profesor judío de historia, esposo y padre en sus cuarenta, porque de hecho provenía de una comunidad que venera a los maestros.

Alcanzar esta comprensión solo recientemente me inundó de lágrimas, pues permití que mi profundo aprecio por mi comunidad sureña de agricultores y aparceros negros floreciera de nuevo en mi memoria. En verdad, la “memoria” abarca años antes de que yo naciera, cuando mi padre, montado en una mula, salió a buscar maestros para la escuela que la sensible pero combativa comunidad construyó, contra casi imposibles pronósticos, para sus niños.

Una de las personas a quien halló fue mi maestra de primer grado, la señorita Reynolds, descendiente negra de los Reynolds plantadores blancos. Ella, que nunca tendría hijos propios, le regaló a mi madre mis primeras ropas. Se casó con uno de nuestros primos, también descendiente de un terrateniente blanco local. Esto explica por qué él mantuvo sus tierras mientras otros campesinos negros, tras la Reconstrucción, fueron expropiados. Este primo ofreció el terreno para la escuela y la señorita Reynolds brindó el amor y la orientación que la mantuvo andando. Una escuela anterior, cuyas ruinas

permanecieron visibles durante años en el cementerio de nuestra iglesia, había sido totalmente quemada por blancos del lugar. Menciono el origen mixto de esta pareja para situarlos debidamente en el corazón de esta “pobre” comunidad. Había una hermana del primo terrateniente que se comportaba como si fuera blanca, pero notamos, mientras nos daba clases a regañadientes y con gran condescendencia “mulata”, que consumía muchísimas ciruelas pasas**.

A veces se cree que en pequeñas comunidades aisladas como la nuestra es al predicador a quien más se aprecia. Es cierto que en sus visitas mensuales y bimestrales a este se le dejaba la silla de honor en nuestra mesa de tabla de pino. Su plato era el que más frijoles blancos, verduras, papas irlandesas y ñames contenía. Ciertamente era para él la mayor y más crujiente posta de pollo frito. Su palabra era virtualmente ley, mientras carraspeaba y hacía interjecciones en medio de las historias bíblicas con que nos entretenía en la iglesia. A veces era incomprendible pues no conocíamos a ninguno de los personajes de los que hablaba, todos blancos, muy velludos, de una tierra que no solo era geográfica y mitológicamente distante sino que también podía no haber existido. Era un enigma que nunca se resolvió, esto de quiénes eran esa gente o cómo acabaron en nuestra iglesia. Además, y afortunadamente para nosotros, teníamos nuestras propias leyendas sobre animales que realmente conocíamos y en ocasiones los veíamos (en el caso de los conejos) varias veces al día. La iglesia siempre salió a salvo por las canciones. Pasión. Compasión. El genio del alma expresado en melodías cuyas notas agudas podían torcer los dedos del pie. Había manos extendidas y lavados de pies. Gente que se desmayaba. Mujeres vestidas de blanco de la cabeza a los pies que abanicaban a cualquiera que pareciera mareado.

Sin embargo, era el maestro a quien verdaderamente se reverenciaba. Aunque, intuyo, desde la distancia de tantas décadas, que las personas tenían que ser muy cuidadosas en ocultar la gran admiración que sentían por aquellos que enseñaban a sus hijos, y a veces a ellos mismos, a leer y escribir.

Sin nuestros maestros estábamos condenados a ser aparceros, sirvientes y mayordomos eternamente. Los adultos comprendían eso, aunque muchos niños no. Yo fui dichosa que los libros tuvieran un sitio reverenciado en nuestra rústica choza, que mi madre se las arreglaba para hacerla atractiva con un talento para crear belleza que dejaba a su familia asombrada. Y éramos contadores de cuentos. Si los cuentos estaban escondidos en los libros, como descubrimos que estaban, nuestra labor era sacarlos de allí. Y solo podíamos conseguirlo leyéndolos.

MAGIA

El nombre de casada de la señorita Reynolds era señora Birda Simmons, pero nadie en la familia la llamó así jamás.

Y así, con esta historia de mis padres alimentando maestros, mis abuelos ofreciéndole hospedaje en un cuarto vacío de su pequeña casa, mi madre enviándoles dulces y pasteles mensualmente, a quienquiera que estuviera

dándoles clases a sus hijos, mi padre y mi abuelo cortando pilas de leña para que cualquier maestro que hubieran atraído a nuestra comunidad se mantuviera en calor durante el invierno, comprendí que nuestros maestros nunca deben ser tratados inadecuadamente.

Dondequiera que un maestro sea maltratado no hay lugar para una persona de mi familia o de mi comunidad.

No sabía qué iba a hacer después de escribir mi angustiada carta sobre el trato cruel a Howard Zinn (y a su familia). Incluso no pensé en eso. Ni tuve una mínima idea de cómo, siendo una estudiante becada, podía proseguir mi educación si me expulsaban de Spellman. Todo lo que sabía era que, de donde yo procedía, la gente se ponía del lado de su maestro, si este era respetado y querido.

Howard Zinn era muy respetado y querido en la Facultad. Su diario muestra su permanente preocupación por sus estudiantes, cuando nosotros, con su frecuente ayuda totalmente inspiradora, derribábamos la segregación en Atlanta e intentábamos dejar atrás la era Victoriana en Spellman. Cualquiera que lea su fenomenal obra *A People's History of the United States* (*La otra historia de los Estados Unidos*) tendrá un atisbo de lo que él se proponía. La liberación, no solo de sus estudiantes en Spellman a quienes definitivamente quería, sino de todos nosotros.

(*Spellman College es una facultad para mujeres básicamente negras del Centro Universitario de Atlanta.)

(** Los mulatos tendían a considerarse superior a los negros y esta maestra mulata comía uvas pasas, signo de que padecía de estreñimiento y para los muchachos que andaba llena de “heces”.)